

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas, que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y, finalmente, les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto, cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el duque, una y muy muchas veces, advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de avenir con Don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á Don Quijote, que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo, que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado, pues, el temeroso dia, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido, de todos los lugares y aldeas circunvecinas, infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro

de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, por que en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta dónde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambornado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho, y de color tordillo: de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del duque su señor, de cómo se habia de portar con el valeroso Don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza; y, llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el maese de campo á Don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y, junto con Tosilos, habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho Don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que, todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya, en este tiempo, estaban el duque y la duquesa puestos en una galería que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes, que, si Don Quijote vencía, su contrario se habia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y, si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna. Partiéronse el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores; llenó el aire el són de las trompetas; temblaba debajo de los piés la tierra; estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros, el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, Don Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios Nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que, cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario *Amor* por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por dó quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que, cuando dieron la señal de la arremetida, estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad; y, así,

no atendió al són de la trompeta, como hizo Don Quijote, que apenas la hubo oido, cuando arremetió, y, á todo el correr que permitia Rocinante, partió contra su enemigo; y, viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: "¡Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros! ¡Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte!" Y, aunque Tosilos vió venir contra sí á Don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes, con grandes voces, llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo: "Señor: esta batalla ¿no se hace por que yo me case ó no me case con aquella señora?—Así es, le fué respondido.—Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo, que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora." Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos; y, como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose Don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometía. El duque no sabia la ocasion por qué no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: "Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte." Oyó esto el valeroso Don Quijote, y dijo: "Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena; y, pues Dios Nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga." El duque habia bajado á la plaza del castillo; y, llegándose á Tosilos, le dijo: "¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que, instigado de vuestra temerosa conciencia, os quereis casar con esta doncella?—Sí, señor, respondió Tosilos.—Él hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza; porque, lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte há de cuidado." Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual Doña Rodriguez y su hija, dando grandes voces dijeron: "Este es engaño, engaño es este: á Tosilos, el lacayo del duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: ¡justicia, de Dios y del Rey, de tanta malicia, por no decir bellaquería!—No vos acuiteis, señoras, dijo Don Quijote; que ni esta es malicia, ni es bellaquería; y, si la es, no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del duque: tomad mi consejo; y, á pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo." El duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: "Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor Don Quijote, que